

Hugo Lémur y los ladrones de sueños

Luis Manuel
Ruiz



Un hombre se quedó dormido y soñó que se encontraba en la oficina en que trabajaba todos los días. Soñó que saludaba a sus compañeros, que pasaba la jornada entera repasando inventarios y cuadrando balances, que el día se oscurecía poco a poco tras las ventanas mientras él cubría de papeles su escritorio. Soñó que volvía a casa agotado, que se tumbaba en el sofá sin desvestirse, soñó que el sueño le vencía y que se echaba a dormir. Soñó que despertaba. Soñó que regresaba a la misma oficina, que lo hacía día a día durante meses hasta que llegaban las vacaciones. Soñó que visitaba con su esposa un país extranjero, soñó que tenía hijos y enfermedades y una casa en la playa, soñó que comprendía cosas, soñó que envejecía. Entonces soñó que un médico con un bolígrafo en el bolsillo de la bata le diagnosticaba una enfermedad incurable y soñó que el vientre le dolía. Soñó que pasaba noches en vela en la cama de un hospital. Soñó que moría, sin saber que jamás había vuelto a despertar. Soñó que pensaba, en el último instante previo a la caída en el pozo: ¿he soñado mi vida o fue solo un sueño?

Es un cuento que nos repetían a menudo en la Academia, para alertarnos de los peligros del sueño. Siempre debes tener mucho cuidado con lo que sueñas y por dónde pisas: corres el riesgo de extraviarte y no despertar jamás.

Sé bien de lo que hablo: pertenezco a la Onipol, la Policía del Sueño. O casi.

I

Mi profesión es soñar

El hecho de que dormir forme parte de mi trabajo no significa que sea una afición que no practique también en mis ratos libres. De hecho lo hago, y con bastante dedicación; tanta, que en alguna ocasión me ha metido en más de un problema. Como aquella mañana en que todo comenzó: el despertador roncó en mi oído y solo al tercer aviso me di por enterado de que tenía que levantarme de una vez. Hecho un zombi, eso sí, con una cara que daba miedo mirar en el espejo del lavabo, sin saber siquiera dónde me encontraba. Y con más de quince minutos sobre la hora prevista.

Al principio me preocupaba vivir en el desorden en que vivo, pero lo cierto es que ya me da lo mismo. Hay cosas que no pueden cambiarse: unos nacen con inclinación por la música y tocan el piano de ensueño sin necesidad de que un maestro le dirija los dedos, otros saben dibujar, otros son negados para las matemáticas. Otros no soportan las verduras, no sé, o viajar en avión. Otros, y yo soy de estos, no pueden mantener un cuarto ordenado. En cuanto hacen un intento por reparar el caos en que viven, las cosas se les sublevan y vuelven a esconderse en los rincones, o debajo del sofá, o ensucian la alfombra o el suelo del baño, y no hay manera. En mi caso, existe un agravante: mi gato Osmín.

Osmín es un siamés con el pelaje de color cobalto y dos ojos radiactivos que ama los puzzles. Es una afición que yo

le contagié: siendo muy cachorro, le ponía a jugar con rompecabezas para que dejara de limarse las garras contra la espuma del sofá, sin saber las consecuencias que aquello iba a desencadenar más tarde. Estas: que Osmín se pasa el santo día haciendo puzzles, algunos de hasta quinientas o un millar de piezas, paisajes y retratos y mapas y obras de arte inmortales que lo mismo monta que desmonta, llenando hasta las últimas esquinas de mi apartamento de trocitos de cartón con colorines. Un verdadero fastidio si lo que uno pretende es vestirse a toda prisa, consumir la leche con cacao y la tostada del desayuno sin resbalar ni tropezar con nada, y salir de casa cuanto antes porque se trata de un día importante, uno de los más importantes de la vida de una persona, y un retraso estaría más que injustificado.

Masticaba como mejor podía mi pan con manteca, luchando por colocar el brazo derecho en la manga correspondiente de la camisa, cuando me di cuenta de que la cosa era todavía más espantosa. He dicho que Osmín ama el desorden, o que tiende inevitablemente a él, igual que su pobre dueño: un defecto francamente molesto, lo sé, si la afición de uno son los puzzles. En la última semana, Osmín había estado montando una reproducción de La Gioconda sobre el parqué del salón (llamémosle salón, aunque en mi casa esa palabra implica también un pedazo de cocina, otro de recibidor y un amago de balcón hacia oriente). En tardes de inspiración, Osmín era capaz de reunir la cara entera y parte de una mano; rodeaba los contornos, incluso abocetaba el paisaje de fondo; pero en otras tardes de aburrimiento o fatiga, echaba al traste todos sus logros

arrasando desganadamente las piezas con la pata izquierda (es un gato zurdo). El resultado es que dichas piezas acaban por rodar hasta zonas insólitas del apartamento, y no es infrecuente encontrárselas en el paragüero o la pila del lavabo, mientras uno se cepilla los dientes. Luego, Osmín se arrepiente de sus prontos, quiere volver a empezar y emprende la búsqueda de las piezas perdidas. Y es peor: porque a costa de conseguir las aparta olímpicamente todo cuanto se interpone en su camino, por valioso o ruidoso que sea. De modo que no solo los fragmentos de puzle, sino cualquier cosa de cualquier lugar puede aparecer en el paragüero o la pila del lavabo, mientras uno se cepilla los dientes. Incluso la propia pasta de dientes.

Me costó muy mucho tragar el último bocado de mi pan con manteca cuando reparé en cuál había sido la nueva víctima de los intentos de rescate de Osmín. Una cosa redonda y panzuda se hundía en su plato de leche, junto al balcón.

—Pero ¿qué has hecho, animal? —gemí, arrojándome sobre el plato y sacando aquel aparato indefenso—. Pero mira, mira esto. ¡No volveré a regalarte un puzle jamás! ¡Te distraerás removiendo ovillos, como los gatos de todos los tebeos del mundo!

Aquello que yo sostenía ahora entre mi pulgar y mi índice, con cuidado de no mancharme la mano, era, o había sido, una brújula de sueño. Es un artefacto que usamos los agentes oníricos para orientarnos en la dimensión Ómicron, algo tan vital para nosotros como un lienzo para un pintor; más: como una hélice para un aviador que no desee dar con todos sus huesos contra el duro suelo. En realidad,

yo no necesito brújula porque pertenezco a ese extraño grupo de personas privilegiadas que caminan por los sueños con la misma facilidad que por la vigilia, sin posibilidad de extraviarse. Pero esa no es la cuestión: la brújula constituye un elemento esencial del ajuar de todo agente onírico. Y ahora Osmín (lo perseguí furioso por mitad del salón, se vio obligado a escabullirse tras el sofá) lo había reducido a una esfera blanca, como si le hubiera borrado de golpe las cifras, los diagramas y la aguja. Y para colmo, en un día como hoy: estaba sin brújula. Y todo por querer tenerla lustrosa y limpia y por traérmela a casa para frotarle el cristal con una gamuza, hasta dejarla como un espejo. La había puesto en la estantería, junto a mis libros de aventuras: desde allí debía de haberla arrojado Osmín para alcanzar un trozo de pestaña o de labio pintado por Leonardo.

La rabia, como todo, necesita dedicación, y yo no podía dársela: me olvidé inmediatamente del gato y sus fechorías en cuanto divisé la hora exacta en el reloj de pared, un reloj muy marinero incrustado en el centro de una rueda de timón en miniatura que decora la pared derecha de mi recibidor (que, ya he dicho, puede ser identificado como parte del salón, según se mire). ¡Las ocho y treinta y cinco minutos! Tomé a toda prisa la bufanda y el abrigo del esturión disecado que me sirve de percha, agarré mi mochila y descendí las escaleras procurando no matarme en el empeño: lo conseguí, aunque al precio de estar a punto de atropellar a la señora del tercero, que volvía de la frutería con los brazos cargados de coliflor y puerros (mil perdones, doña Gertrudis). Tampoco me entretuve en enrollar

la cadena de la bicicleta después de soltar el candado, ni esperé a estar en el portal para subir al sillín y comenzar a pedalear con energía: la mañana de enero y el viento helado me golpearon violentamente las mejillas en cuanto avancé el primer trecho por los callejones del centro. No había tiempo que perder.

A esa hora ya había movimiento en las calles; tanto esquivar ciclomotores y autobuses y frenar súbitamente en los pasos de peatones no tardó en dejarme el esqueleto dolorido encima de la bici. El centro de Nostromo, la ciudad en que vivo, está lleno de callejones estrechos por algunos de los cuales solo se puede avanzar en fila india, vaya uno a pie o motorizado; las avenidas son largas y amplias y uno podría pedalear por ellas a gusto si no fuera por los vehículos de cuatro ruedas que las consideran de su entera propiedad y amenazan con tumbarte a cada momento. En resumen: que conducir en bicicleta, sobre todo con prisa, es mal asunto en esta ciudad al filo de las nueve de la mañana. Para tratar de distraerme, o de olvidar que el reloj proseguía su inevitable cuenta atrás, yo pensaba en lo que había soñado aquella noche. Estaba en la luna. Quiero decir, no distraído o en babia, sino en la Luna, el satélite. El día anterior había oído un reportaje en la radio sobre la construcción del enorme complejo de ocio que estaba teniendo lugar en la cara oculta, llamado Urania, Planeta de Vacaciones. La publicidad estaba en todas partes: en las marquesinas del tranvía, en los postes y las papeleras, en revistas donde azafatas plásticas sonreían al inversor con dientes que obligaban a entornar la mirada. Por el precio de un riñón y la mitad

del otro, según se entresacaba de los eslóganes, los ricachones del mundo podían mudarse a otro mundo donde había sido recreada la atmósfera de la Tierra antes del cataclismo medioambiental, y los hoteles, parques de atracciones y salas de fiestas se extendían hasta el horizonte. Con el fin de permitirle disfrutar al máximo, la empresa ponía a disposición del cliente su servicio de borrado selectivo de memoria: antes de ingresar en Urania, aquellos abatidos por un trauma o acosados por malos recuerdos, podían dejarlos atrás con una sencilla operación. *En Urania* —ese era el eslogan— *solo existe el futuro*.

Había escuchado durante toda la tarde un programa en que se describía el complejo del satélite con todo lujo de detalles (había proyectado incluso un safari), y supongo que algo se me habría quedado ahí, en el subconsciente. Así que soñé que paseaba por un circo lunar, por esos cráteres que parecen huellas de dinosaurios descomunales, y en el borde de uno de ellos me sentaba a construir castillos de arena gris. Entonces aparecía mi abuelo Cosme, a quien quise mucho de pequeño, y me ponía a hablar con él. El abuelo Cosme suele aparecer mucho en mis sueños: es fantástica esa capacidad que tenemos en la madrugada de poder conversar con gente que se marchó para siempre y que es irrecuperable de otro modo. Va a ser verdad que nadie muere del todo: que solo pasa a ocupar un lugar entre bastidores.

Esto de tratar de acordarme de mis sueños de la noche es un ejercicio que practico a menudo y que nos animan a realizar en la Academia. A mí no suele resultarme difícil porque poseo un talento innato para soñar. En serio. Se

llama hipnotenia, aunque el argot que se emplea para referirse a quienes lo poseemos es el de topo. Pero estoy familiarizado con los problemas de la mayoría de la gente para retener sus sueños y sé que a veces cuesta mucho hacerlo y otras no. Todo el mundo ha experimentado alguna vez esa sensación: ve una cara, o un color, o una ventana, o un sombrero y, de repente, sin que haya mediado explicación previa, comprende que ha soñado con ello. Entonces hay que ir tirando del hilo, desenredando el ovillo, sacar una cuenta y otra hasta obtener el collar completo: el sueño con todas sus fases y escalas. Es un ejercicio que cuesta, no lo niego, pero que aporta sus satisfacciones. A nosotros, los agentes oníricos, nos sirve para habituarnos a la lógica del soñar y orientarnos mejor cuando nos encontramos ahí abajo, en Ómicron. También tiene ventajas de otro tipo: si encuentro por azar algún paraje agradable (la cumbre nevada de una montaña, una colina color esmeralda, el fondo vidrioso del mar), procuro regresar a él en mis horas de trabajo.

La verdad es que por las mañanas no me hace falta ni pensar en el recorrido que debo hacer: mi bicicleta podría encargarse de realizarlo ella misma sin necesidad de indicaciones, de tantas veces que ambos lo hemos repetido. Culebrear por varias de las calles, salir a una gran avenida con un parterre en el centro, dejar atrás un quiosco de música y la estatua de un general, girar en una plaza con una fuente, torcer a la derecha, internarme de nuevo en otro laberinto de callejones, izquierda, izquierda, derecha (aquí, una barbería), izquierda, frenar frente a una casa de tres pisos con el balcón poblado de geranios. Entonces desciendo

de la bici, me aproximó a la puerta, que tiene un llamador con un puño de bronce que sostiene una esfera, y golpeo la hoja con la mano mientras grito un nombre. La voz de Abel Válgoma, mi mejor amigo y compañero en la Onipol, suele resonar enseguida en la escalera para pedirme que espere un segundo. Pero ese día, uno de los días más importantes de mi vida, el día en que todo empezó, no sucedió así. En su lugar, una vieja con las greñas blancas escapándole del moño y las horquillas, salió por el balcón y se echó sobre los geranios. Era doña Martirio, la casera de Abel.

—Salió hace ya un rato —me informó a gritos, mientras temblaba bajo el relente de la mañana—. Estuvo esperándote, pero se le hizo tarde y se fue. ¿Qué te ha pasado, chiquillo?

Me daba vergüenza decirle que me había quedado dormido: ¿no dormía suficientemente en el trabajo? Mis razones tenía para levantarme tarde, pero no se las iba a contar a ella: y menos a voces de la calle al balcón. Subí a la bici a todo meter y volví a pedalear.

La Academia ocupa un edificio anejo al cuartel de la Onipol en el centro de la ciudad, a pocas manzanas de los ministerios. Es una construcción seca, brusca, geométrica, de piedra blanca, que da la impresión de haber sido esculpida por los accidentes geológicos antes que por la mano del hombre. En la fachada principal, sobre el escudo dorado con la insignia de la Onipol, una cabeza humana de perfil con una estrella en el interior, figura el lema que todos repetimos desde nuestro primer año de estudios: LA VIDA ES SUEÑO, EL SUEÑO ES VIDA. En la entrada había un trasiego continuo de oficinistas, funcionarios, aspirantes y oficiales con uniforme, así que aparqué discretamente mi bici junto a una motocicleta y me escabullí hacia el vestíbulo. El enorme reloj situado sobre las columnas de acceso al patio confirmó mis peores temores: pasaban casi diez minutos de las nueve. Avancé por la galería con la cara oculta bajo la bufanda; esperaba no cruzarme con nadie que pudiera reparar en mi impuntualidad.

Los vestuarios estaban vacíos: todo mi curso debía de hallarse ya en el salón de actos, asistiendo a la ceremonia. Para calmar mi nerviosismo mientras abría la taquilla y me ponía el uniforme, masqué un trozo bien grande de regaliz que me llenó la boca de una saliva deliciosamente amarga. Me abroché bien la casaca, introduje con cuidado los pernils en la caña de las botas, intenté colocar en su debida posición el

cuello sobre la camisa, procurando que no se me cayeran los galones de cuarto rango recién cosidos. Así, reuní aplomo y corrí hasta el gran salón de actos. Por suerte, nadie me vio entrar, salvo el agente encargado de vigilar la puerta, que me reprendió mudamente con un parpadeo.

Todos estaban de pie, contemplando el estrado. Vi a Abel a unos pasos y me situé cerca de él. A mi derecha se encontraba la cabellera amarilla de Marta Mas, y Pumares miraba al fondo desde sus gafas con dos ojos de pescado, un poco detrás de mí. Arriba, en el estrado, se había reunido el claustro de profesores en pleno: Rocamor, que me había dado Onirodinámica el curso anterior, Blanca Borge, hermosísima con sus ojos color turquesa, Laval, mi monitor, y el insondable Mórtimer, aparte de otros. Delante, sosteniendo un papel frente al micrófono, se encontraba la directora de la Academia, la comandante Harpago. El uniforme, igual que siempre, le quedaba un poco ancho: la tela azul parecía bailar sobre la delgadez del esqueleto, que nosotros imaginábamos en forma de raspa o de alambre. Dibujaba un ángulo agudo con las cejas cada vez que pronunciaba alguna palabra con más erres de la cuenta, y el micrófono registraba esa agitación con un desagradable sonido de marejada.

—Les repito, cadetes —decía la comandante—, que, hablando en rigor, el semestre que hoy comienza será el más importante de sus años de estudio. De él dependerá que entren a formar parte del equipo de la policía más secreta del mundo, aquella que opera mientras las ciudades

duermen, o que se marchen a otra parte a buscar una profesión más apropiada a sus temperamentos. Sé, cadetes, que se han esforzado mucho en llegar hasta aquí, pero, hablando en rigor, solo ahora comienza su entrenamiento verdadero. Este es el primer día de su fase de prácticas.

Harpago no nos informaba de nada nuevo: todos sabíamos que nos la jugábamos en los seis meses que estaban por venir. Habíamos superado cuatro cursos de estudios preparatorios, con asignaturas tan soporíferas como Oniromecánica, Fundamentos Generativos y Oniropatía y Trastornos (o mi némesis particular, la Fisiología del Sueño), y ahora nos disponíamos a comenzar nuestro entrenamiento directo en misiones reales, ahí abajo, sin simuladores, en la mismísima dimensión Ómicron. Un oficial con rango de monitor se encargaría de nosotros en grupos de dos o tres, nos acompañaría en nuestras primeras maniobras y luego supervisaría el resto, no presente pero vigilando nuestra evolución a través de los aparatos. Un resbalón en esas condiciones resultaba inevitablemente fatal. Algunos sentían ansiedad y perdían para siempre la oportunidad de ingresar en la Onipol. Otros eran tan perfeccionistas y trataban de calcular todo hasta tal punto que una crisis nerviosa terminaba por destruirlos. Otros acumulaban tanta fatiga que de repente dejaban de soñar, por las buenas, y era imposible reclutarlos. Yo seguía removiendo mi trozo de regaliz en el fondo del paladar: ahora la saliva era más acre que antes.

—Vuelvo a reiterarles que deben ser conscientes de la gran carga de responsabilidad que todo esto supone para ustedes.

—El papel temblaba en la mano de la comandante—. Ya no serán meros estudiantes: se les considerará agentes en prácticas, y como tal serán tratados por los oficiales de esta institución. Se reconocerán sus logros en igualdad de condiciones con el resto de sus compañeros de grado superior, por descontado, pero lo mismo sucederá con sus errores: estarán expuestos a la degradación y el arresto. Medidas que, dicho sea de paso, esta dirección espera no verse obligada a emplear contra ninguno de ustedes.

La expresión de la comandante Harpago se dulcificó por un momento. Lo cierto es que a primera vista su aspecto espantaba tanto como sus palabras: ese cabello blanco recogido en el moño, los ojos de acero, la piel sobre la que parecía haberse aplicado una película de barniz y la vena azul temblando en la sien no prometían un carácter dado a amables palmaditas en la espalda. Pero, más o menos, todos sabíamos que se trataba de una especie de fachada. Una vez abandonado el escenario, Harpago era blanda y suave, con una predilección por los bombones que intentaba disimular, para no dar que hablar a los partidarios de la dureza y los alimentos amargos.

—Por tanto, recuérdeno —remachó desde el estrado—: en rigor, ahora son agentes, o están a punto de serlo. De ustedes depende que ese destino se cumpla o no. Formarán parte de operaciones de investigación y patrullas de vigilancia, y su labor puede aportar grandes beneficios a los durmientes o inconvenientes sin cuento —y añadió con dulzura—: No toleraremos un desliz.

Empezaba a sentirme incómodo. Y no por las palabras de la directora, o no solo por ellas. El regaliz se había terminado, dejándome la lengua convertida en un desierto y, lo que era peor, el cuello de la casaca estaba a punto de caérseme sobre la camisa. Definitivamente, había cosido mal los galones con el círculo y el número cuatro bordados en oro: corría el riesgo de perderlos y de llevarme una severa amonestación por parte de un oficial, por no hablar de la vergüenza. Tendría que pedirle a mamá que me lo cosiera. Cuando volviera a verla, acontecimiento que prefería diferir todo lo posible hacia el más lejano de los futuros.

—A continuación —Harpago se deshizo del papel que había sostenido entregándoselo a uno de los profesores que aguardaban tras ella—, recitaremos el juramento de la Policía Onírica. La mano en el pecho, cadetes.

Una descarga eléctrica me recorrió el espinazo mientras mi boca pronunciaba las palabras de aquel juramento: una fórmula que había oído tantas veces, que había repasado en tantos libros de texto y repetido en la soledad de mi habitación, esperando este día, el día en que por fin podría proferirlas en voz alta con la mano sobre el corazón que latía hasta tropezar. Todos mis compañeros estaban embargados por la misma emoción; no veía la cara de Abel, pero unas lágrimas traslúcidas habían subido a los ojos de Marta Mas, y a Pumares le temblaba la garganta. Solo Bueso, como de costumbre, fingía que aquello no iba con él y que la solemnidad de aquel juramento que ataba nuestro porvenir no le afectaba en absoluto: estaba algunas cabezas detrás de mí, con el pelo revuelto, la casaca desabrochada

y un rictus de fastidio al tiempo que pronunciaba las frases rituales.

—Juramos colocar nuestros destinos bajo la insignia de la estrella —repitearon cincuenta lenguas al unísono—; juramos defender al durmiente hasta su despertar; juramos proteger la integridad del sueño, sus fronteras y sus leyes, secretas o manifiestas; juramos respetar el límite que separa los mundos de la noche y el día, de arriba y de abajo; juramos usar todo nuestro conocimiento y nuestra voluntad para mejorar la vida de quienes nos rodean, duerman o estén despiertos. —Entonces hubo un breve paréntesis de silencio y concluimos con el lema de la institución a la que ya pertenecíamos, o estábamos a punto de pertenecer—. *La vida es sueño, el sueño es vida.*

Finalizado el evento, los cadetes rompieron filas y se distribuyeron desordenadamente por la entrada del salón de actos, entre comentarios y risotadas. Vi que Bueso, con la misma expresión de aburrimiento de siempre, se sacaba un cigarrillo de un bolsillo de la casaca y era rodeado enseguida por una corte de admiradoras. Marta Mas intentó atrapar-me, pero me escurrí lo mejor que pude hasta donde estaba Abel. Frunció las cejas en cuanto me vio.

—Hombre, tú —dijo—. Creía que te habías quedado en casa, o que te había atropellado un tranvía, o que te habías ido de viaje a Jamaica. Cualquier cosa antes que llegar a tiempo el día de tu juramento.

—Mil perdones —dije—. Tuve un contratiempo. Me he quedado sin brújula.

—¿La has perdido? —Abel no parecía sorprendido—. No me digas más, en el salón de tu casa. Eso es peor que perderla en la selva. De cualquier modo, no es excusa. ¿No te metiste en la Academia porque eras un topo?

En nuestra jerga, se llaman topos aquellos capaces de orientarse en la dimensión Ómicron a ciegas, sin necesidad de aparatos especiales: una condición con la que ciertas personas nacen, y que yo había descubierto que poseía algún tiempo atrás, como contaré algunos párrafos adelante.

—Topo o no, estoy sin brújula. Ha sido Osmín. Es una larga historia. Bueno, en realidad tampoco he llegado tarde por eso. Me quedé dormido.

Abel rio. Marta Mas seguía dando vueltas por ahí, buscando a alguien, así que di un paso atrás. Mi espalda chocó con otra persona. Con Pumares, para ser exactos.

—Hombre, Lémur. —Sonrió Pumares, subiéndose el puente de las gafas con los dedos—. Te has enterado, ¿no? ¡Somos compañeros! Estamos con Laval.

—Sí, algo sabía —reconocí.

—Será estupendo, Lémur. —Pumares tenía la cara llena de granos como pompas de plástico de embalar—. Verás cuánto aprenderemos ahí abajo. Pienso ir registrándolo todo en mi libreta para presentar luego una memoria exhaustiva a la dirección. Quiero que sepan que pueden tener a un agente modelo en su plantilla.

En cuanto Pumares se largó, repasando la libreta, Abel volvió a reír.

—Volviendo a lo nuestro —dijo—: te quedaste dormido. Ahora comprendo que tu ingreso en la Onipol es pura vocación.

—Me acosté tarde —alegué—. Dos o tres de la mañana.

—¿Haciendo qué? —Abel puso cara de extrañeza.

—Cosas.

Abel era mi mejor amigo, pero no iba a hablarle del catalaje colocado en el trípode, mirando por la ventana. No por el momento.